

querido asegurarle de parte de las generaciones todas y de cada hombre en particular. Si Cristo ha solicitado, ha pedido al Padre criaturas inteligentes, capaces, por lo tanto, de amar, era con el designio de que Aquel fuera amado. Si Jesucristo solicita y obtiene el rescate de la humanidad culpable, es, ante todo, para asegurar a su Padre ese amor del que es tan celoso. —Y Jesucristo hace el sacrificio de la vida de triunfo en triunfo que le estaba reservado en el seno de la creación y abraza voluntaria y libremente las humillaciones de la Cruz, aceptando el sacrificio del Redentor del mundo.

Dios se da por satisfecho y admite el sacrificio. ¿No es tan grande para el Padre como para el Hijo? Por eso se dirán con muchísima razón: *Dios ha amado de tal modo al mundo que le ha dado su Hijo único* (Juan, III. 16.) He ahí el *tercer decreto*.

Los ángeles y los hombres son, pues, llamados a participar de la vida de Jesucristo. Recibiéndolo todo de su plenitud, tendrán por deber único a Dios, por Cristo y con Cristo.

Pero el amor es fecundo. En Dios ese amor solicita la Redención; en Cristo le mueve a pedir la creación de los ángeles y de los hombres, y asegura la Redención.

¿Qué hará el amor en las simples meras criaturas? Excitará, avivará fuertemente la llama del celo. Ya no será posible que una criatura ame a Dios con amor desinteresado y sincero sin sentir despertarse en su seno el deseo de ver compartir su amor a todos los corazones, deseo que será el tormento que marque los grados del amor, y toda criatura hallará el medio de realizarle. Es el que crea y forma al apóstol; el que anima al contemplativo y le hace consumirse en el fuego sagrado de la oración y de las austeridades por la salud y satisfacción de las almas; él es el que inspira al cristiano que vive en medio del tráfico y ruido del mundo, esas industrias santas de la caridad, para ayudar a las almas a marchar presurosas por el camino del cielo.

La vida tiende a difundirse, es una exigencia de su misma naturaleza la expansión, y la fecundidad del amor en las almas se muestra por obras del celo y de caridad.

Si no todos viven y mueren en el amor, si no llegan todos a tocar esas sublimes cumbres donde el corazón descansa en la felicidad suprema del amor, todos son llamados a ella, y a cada uno se ofrecen los medios necesarios para asegurarse su eterna dicha.

La vida de los ángeles y de los hombres, en conjunto y en particular, estaba patente a Dios, pendiente su mirada y le estaba en toda su realidad, como había de ser, con la subordinación y dependencia de Cristo, con el ejercicio omnímodo de la libertad, con las relaciones mútuas y las diversas influencias entre unas y otras de esas criaturas; lo estaba, en fin, con la eternidad, que será el justo salario de las obras de cada uno, cuando el Altísimo dió su *cuarto decreto*.

Ahora bien; Dios no dijo más que una sola palabra, y todo ese inmenso cúmulo de seres creados es el resultado, la expresión magnífica de esa palabra. En ella estaba comprendida la Encarnación, que responde al deseo de la Santísima Trinidad de ser amada por